



María Alejandra Tapia

RELATOS

DESAGÜE

DESAGUE

DESAGÜE

© María Alejandra Tapia

Primera edición: septiembre, 2023
Inscripción n.º 2023-A-9323

Arte cubierta: «Incendio (Bouquet) No. XXVII»,
óleo sobre tela, 100 × 60 cm, 2023
José Gonzalo García Muñoz

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación
Editorial EIOtroCuarto
www.elotrocuarto.cl

DESAGÜE

Alejandra Tapia

Ediciones **EIOtroCuarto**

Evidentemente, la sociedad burguesa, se complace en torturar al niño proletario, esa baba, esa larva criada en medio de la idiotez y del terror.

OSVALDO LAMBORGHINI

—AYUDA... ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

MUGRE

VIVÍAMOS EN UN CUCHITRIL: sin agua ni alcantarilla, pero con tele. Por las noches, meábamos en una bacinica rosada que se confundía con la piel de nuestros potos. Así, al sentarnos en ella, nos convertíamos en la mierda que evacuábamos.

Dormíamos para soñar con una casa de verdad. Que tuviera un baño blanco, de loza fina y con desagüe. Despertábamos, una y otra vez, solo para revivir el sueño.

Después de tomar once nos íbamos siempre al sillón rojo. Absortas en el televisor, mi abuela, mi madre y yo tejíamos sueños imposibles.

Mi abuela deshacía los chalecos usados y los convertía en ovillos nuevos. Mi madre volvía a tejer las prendas, rotas e incoloras. Yo las destruía.

Así una y otra vez.

La luz del televisor chispeaba. Nuestros dedos se movían con destreza entre los hilos. Tejiendo y destejiendo, no nos iríamos jamás de ahí.

DOÑA ROSA ATABALES tenía un pequeño altar en su pieza: una vela derretida, un rosario de madera, flores secas y la foto de Felipe montado en su caballo. Cada día, cerca de las ocho —hora en que supuestamente habría muerto El Halcón de Chicureo—, Doña Rosa prendía la vela y rezaba un par de cánticos católicos. Pedía por sus hijos, por su marido muerto, y por el alma de tanto pecador perdido en el mundo. Se tomaba la sopa viendo las noticias y se acostaba antes de que la venciera el sueño. Tapada hasta la cabeza, con los ojos bien cerrados, fingía que dormía frente a su dios misericordioso. Entonces, en absoluto silencio, con las manos temblorosas, se acariciaba con desprecio.

La historia con su viejo no era suficiente para alcanzar el cielo. Por eso, asfixiada entre las sábanas, llamaba a Felipe, quien venía a su encuentro desde las sombras. La miraba, la besaba y se posaba sobre ella. Se hacía la luz.

Cuando todo terminaba, Doña Rosa entreabría los ojos. Con las mejillas asorochadas y el corazón latiéndole fuerte, rezaba un avemaría con renovado fervor. Le prometía a su Santísima Virgen asistir a la primera misa del día.

VESTIDO DE NEGRO, con capa y cola, apareció en medio de la noche. Un jote en la mano, un látigo en la otra, y del cuello colgando una cruz invertida.

Doña Úrsula estaba escondida en la pieza. Intentaba el silencio, pero su sollozo se colaba entre las paredes de adobe.

El diablo abrió la puerta. Cauteloso, dejó el trago en la mesita de noche y se bajó el pantalón. Tomó a Doña Úrsula por las greñas y la tiró al suelo. Se sacó la cola y los cachos. La violó.

Afuera las lauchas revolvían la basura. No había estrellas. El catre sonaba. Doña Úrsula rezaba para que el diablo acabara y despojara para siempre el cuerpo de su viejo.

DESPIERTO AGITADA recordando cómo los bichos salían a borbotones por las ranuras del piso. Huelo la madera apollada, la sangre seca de las cucarachas reventadas por el calor.

Despierto; pero aún sueño, madre.

Sueño con esos tiempos de pobreza fecunda en nuestra casa de madera, donde el frío calaba las ventanas en invierno; y hacíamos siestas para olvidar la miseria, el sudor y las moscas en verano. Aún sueño, madre, que vivimos allí, infestadas de cucarachas, buscando una salida. Sueño con la chuica donde bebíamos el agua caliente, con la bacinica rosada bajo la cama y el balde negro cubierto de moho y grasa. Sueño que no te quieres ir de ahí; te aferras a la madera seca y te fusionas a ella, convertida en una gran masa de cera. Sueño que tu llanto espeso inunda la mediagua y que, juntas, nos ahogamos en tu río.

Perdóname, madre, por soñarte así, por olvidar tus manos obreras acariciándome en las noches heladas, por ignorar la tibieza de tu cuerpo en el colecho, por acordarme de las cucarachas y no de tus besos.

Perdóname, madre, porque aún sueño.

LA VIDA A LOS DOS AÑOS es nebulosa: no hay entendimiento ni recuerdos ni asociaciones. Las imágenes de la existencia se suceden intensa y efímeramente. El dolor se siente hasta los huesos. Aunque no se recuerde, su agonía se perpetúa en la piel, en los entramados de las venas, en las vísceras. Entonces, cuando la piel cede y los huesos se extienden lo suficiente, el dolor y su agonía se decantan por los poros, como un sudor somnífero y errante.

A los dos años la vida es un sueño. Es gris, revuelta, y todo ocurre lentamente. No hay atardeceres ni mañanas ni ayer. Es un acto circular, un momento y nada más.

Cuando el hombrebestia le quemaba la piel con el cigarro, la niña clamaba por su partida sin saberlo. Ignorando qué era la vida y la muerte, su llanto desesperado intentaba borrar el dolor que sentía; pero el fuego miserable del cigarro le desgarraba el cuero y destrozaba los músculos, las fuerzas y las ganas.

Cerraba los ojos y los abría en agonía. El hombrebestia, encaramado sobre ella, la reventó por dentro. La sangre escurrió por su piel, dejándole el cuerpo ligero, exangüe.

Voló, ascendió entre nubes y algodones. Libre, con los ojitos cerrados y los puños ceñidos, nunca más vio la oscuridad del hombrebestia. Solo había luz. Tras las nubes esponjosas, un sol inmenso la cegó y la durmió profundamente.

Los hombrebestias ven en blanco y negro. Viven anes-
tesiados, como si estuvieran borrachos y todo fuera errático
en ellos. Sus cerebros no hacen las conexiones usuales, ya que
otros hombrebestias los hicieron pedazos durante sus primeros
años de vida. No leen el dolor en los ojos ajenos ni en los suyos,
y sufren delirios donde sueñan que otros hombrebestias vienen
y los matan.

La vida de un hombrebestia es nebulosa. No hay enten-
dimiento ni recuerdos ni asociaciones. Las imágenes de la exis-
tencia se suceden intensa y rápidamente. El vacío, el hambre
crónica, solo los sacian con el desmedro de una víctima.

Cuando apoyaba el cigarro sobre ella, sentía el olor hip-
notizante de la piel quemándose, la frescura de la herida abierta
y la sangre corriendo. Cerraba y abría los ojos, pero solo sentía
niebla; el olor de un cordero sacrificado bajo su pecho.

SE LLAMABA ASTRID. Dicen que era bonita. Tal vez, por eso, su foto en medio de la carretera atrae a tantos curiosos. Hoy la rodean más de un millón de peluches apelmazados, con hongos, llenos de tierra y monóxido de carbono.

Cada noche, doña Olga le dedica una plegaria por el cáncer de su hijo.

Dicen que la Astrid andaba en moto, que tuvo un accidente fatal en la Autopista del Sol. Dicen que hace milagros. Dicen que es una santa.

LA TELE CHIRRÍA. En la pantalla, el conductor lee detalladamente un informe del Servicio Médico Legal, haciendo referencia a los fluidos que encontraron en el cuerpo de Nabila.

Los panelistas invitados opinan sobre sus presuntas conductas sexuales y su responsabilidad en los hechos. La lengua del conductor se apresura, se deprava, y pareciera querer introducirse en los genitales de la mujer; revolverlos, destrozarlos.

Su familia está viendo la tele. Vuelve a ser mutilada.

MIENTRAS LA MUJER miraba la teleserie de las tres en el sillón, oyó un quejido desde el fondo del pasillo. Puso atención, pero no escuchó nada más. Se lo atribuyó a los chicos que habían venido a estudiar con su hijo. Lo que no imaginó fue que el quejido era una arcada, seca y dolorosa.

—Chúpalo —decía el muchacho, haciendo un movimiento zigzagueante con su cadera, mientras el niño cerraba los ojos: muriendo.

Estudiaban un poco, hasta que el mayor del grupo incitaba a los demás para comenzar el juego, y se sentaba en una pequeña silla a ver el espectáculo.

La teleserie estaba por terminar y la mujer encendió la tetera para hacerse un café. Uno de los muchachos tenía a su hijo de espaldas, agarrado de las greñas, empujándolo contra él. Su pene rosado entraba y salía de su cuerpo como un gusano que reptaba y busca un refugio.

El mayor aplaudió cuando la hazaña estuvo completa. El niño quedó de espaldas, pálido, tiritando de frío. Sonaba el pito de la tetera hervida. La teleserie de las tres terminaba.

CADA CIERTO TIEMPO, sueño que me encuentran cuando en la bacinica compañeros del colegio, la universidad y el trabajo. Incluso mi familia. Me pillan con los calzones abajo, acucillada sobre la pelela, en medio de dos catres.

En algunos sueños estoy completamente desnuda; en otros visto de escolar o ejecutiva, con tacos aguja, intentando a duras penas mantener el equilibrio. Ellos pasan por mi lado y ven mi potito rosado y brillante. Nadie sonrío, nadie se burla ni se apena. Nadie dice nada.

Avergonzada, intento meter la bacinica bajo la cama; pero se tambalea y el pichí me salpica, me moja las piernas. El olor se impregna al piso encerado.

Húmeda y maloliente, no logro levantarme; me escabullo como una rata que se pierde en el suelo apolillado.

LA MUCHACHA DORMÍA bajo la sombra de un álamo. Tenía las rodillas rotas, las piernas velludas y flacas. Dormía con los ojos abiertos. Dormía vacía: sin sentimientos, sin reflexiones.

Su padre la había encontrado hace unas horas en la acequia, jugando a la gallinita ciega con sus hermanos. Con un chiflido seco los ahuyentó. Sus manos retuvieron a la muchacha. La acercó a su cuerpo oxidado y caminaron juntos hacia el cerro. Entre yuyos y malezas, hasta fatigarse la violó.

La muchacha sentía el brusco roce, que lastimaba y entumecía al mismo tiempo, mientras su padre presionaba con rabia sus muñecas en la tierra, y como un cerdo agónico jadeaba.

La dejó ahí, en medio de los eucaliptos, con los ojos muertos y el vestido recogido.

Después de un rato, la muchacha se levantó y partió a casa. Sus hermanos comían mendrugos en la mesa. Uno de los chiquillos le apretó la pierna con fuerza. Ella se sobresaltó, y su otro hermano lo reprendió:

—La Ela es del viejo —le dijo—. No seai hueón.

La madre levantó la mirada mientras prendía el brasero. Miró a la muchacha, pero nunca la vio.

OBSTRUCCIÓN

VOLVÍ A NACER cuando cumplí treinta años. La fuerza del viento volvió a expulsarme como a un gusano sobre la tierra húmeda y podrida. Llorando como si presenciara un funeral, mi mamá recibió mi cuerpo herido.

Con el ceño fruncido y su típico olor a amoníaco, mi tío me esperaba todos los días fuera del cuarto. Sus manos presionaban mis hombros, respiraba cerca de mi oído, y fregaba su estómago rígido contra mi espalda de escuincla. Sentía su falo duro y tenebroso.

Estábamos en una dimensión donde nadie nos veía: mi tía lavando los platos, mis primos jugando en las zarzamoras.

Yo escapaba y seguía jugando en ese lugar imaginario donde vivían los personajes de mis cuentos y dibujos. Cada vez que pasaba por ahí, aunque corriera, mi tío siempre me alcanzaba. Yo tironeaba para zafarme. Huía. Olvidaba.

Cuando cumplí treinta años volví a nacer. Me parió la tierra: el cuerpo lastimado y el grito obstruido en la mucosidad de mi laringe. Llovía sangre, crecía el fuego.

Mi mamá estuvo ahí, con sus manos obreras y el corazón magullado por su propia infancia. Nunca supo que debió pujar muy fuerte para que yo renaciera, esta vez con las heridas zurcidas y las cicatrices al viento para que respiraran.

Ella no lo recuerda. A veces yo tampoco.

LOS MUCHACHITOS de la calle sobrellevan las heladas con bolsas de tolueno y coitos fugaces. Deambulan por la plaza de armas como fantasmas: sin tiempo, sin memoria, sin destino. Se esconden detrás de árboles humosos, edificios fiscales, iglesias en ruinas; no sé para qué, si son invisibles.

Dejo el traje y la corbata.

Los llamo.

No todos me gustan. Prefiero a los más pequeños; esos que aún no tienen pelos, que son rosados como cerdos y te lo chupan hasta el fondo. Lo hacen con un ritmo inaguantable, como si hubieran nacido para ello. Me eriza los pelos su aliento ácido. Me excita su olor a colchón sucio, a caca y secreción púber.

Yo sé que algunos se asquean, pero eso a mí más me provoca. Cuando termino, me aprietan las nalgas con fuerza, como si les quemara por dentro, porque los muchachitos no escupen; se tragan la ira, la pena, la vergüenza.

LA MADERA CRUJÍA; era como si la casa llorara. En la cocina, mi tía preparaba cazuela de gallina. Afuera sus nietos corrían descalzos tras un perro sarnoso. Mi mamá estaba sentada en el comedor conversando con sus primas. Tenía una mano sobre una concha que ocupaba de cenicero, y con la otra sostenía un pucho a medio terminar. Hablaban de todo: del trabajo, las parras y las uvas. A lo lejos, oí mi nombre: la Ana, la Anita. Mi mamá comenzó a hablar de mi vagina. Contó que yo aún era virgen, que estaba orgullosa. Todas asintieron conformes. Sentí cómo me miraban la cara y el pote. Una de mis primas dijo que se notaba porque aún podía ver que tenía las caderas estrechas y la piel suave.

—Cuando empiezas a tener sexo —siguió— te ensanchas como foca y el cuero se te vuelve graso.

Frente a la mesa había un cuadro barato de la Virgen María. Con sus ojos celestiales, me buscó en la distancia y también me miró de arriba a abajo.

SINTIÓ SU ALIENTO en la oreja y se estremeció. No quiso voltearse. Como mintiéndose a sí mismo, cerró los ojos y se imaginó a Ester detrás suyo, con su cuerpo caliente y su pelo rojo apelmazado. Soñó que era ella la que le susurraba al oído, le hacía cariño en el pelo y metía la mano bajo su pantalón ajustado. Pero Ester no tenía ese olor a fermentación, a sudor sobre sudor.

Abrió los ojos. Algunas luces se encendieron a lo lejos. Oyó unos gritos de euforia, sintió un vendaval de azufre y metal, y prefirió volver a cerrarlos.

Lo excitó la presión detrás de sus caderas. Tuvo miedo, pero la borrachera lo disipó.

Ya no pudo recordar a Ester.

Un escalofrío recorrió su espalda cuando sintió que le bajaban los pantalones, amasando rudamente la flacidez de sus nalgas.

Entró.

—¡Ahí estái, caballo culiao! —gritó el reo.

Se volteó rápidamente y, chiflando, llamó a los demás.

EL DÍA EN QUE MI MAMÁ nos avisó que estaba embarazada, fue durante un almuerzo de domingo. Yo tenía doce años y comencé a hablar atropelladamente, para que la angustia no se revelara. Dije que estaba feliz. Mi abuela me retó y comenzó a llorar. Las tres lloramos.

Afuera, el moho en un balde se deshacía con el calor, los perros ladraban sin parar y, en la otra casa, mi tía rezaba para que la criatura fuera hombre.

LA FLACA LLEGÓ al hospital llorando desconsolada con la niña en brazos. Venía tumefacta y lánguida, como muñequita de trapo. La recibieron en la urgencia. Tenía pulsaciones bajas, los labios morados y la cabeza inflamada. Entre sollozos, contó que la niña se había caído de la cama.

—Fue un accidente —agregó.

La enfermera desnudó a la niña y encontró moretones por todo el cuerpo. Tenía una hemorragia interna. Se estaba muriendo.

8

—¡Pero qué mierda hiciste! —gritó la Flaca cuando encontró a la niña ensangrentada en la cama—. ¡Te dije que la cuidarai!

Diego estaba borrado. La Flaca fue al baño y llenó la tina de agua tibia. Sumergió a la niña inconsciente en el agua y la jabonó. Luego la secó y le puso ropa limpia.

Diego llevaba horas jalando en la pieza. La Flaca le había dejado encargada a su hija, mientras ella iba a tomarse algo con las vecinas. Él no era el papá de la niña. Tampoco la quería; le parecía insignificante.

Diego se borraba. A medida que perdía la noción, sentía un extraño calor en sus genitales. No pensaba —nunca pensaba— y necesitaba desahogarse.

Sentada en el suelo, la niña jugaba con un peluche. Diego la miró. Se acercó y le desprendió la ropa con brusquedad. Ella solo lo miró.

Le sacó los pañales con pichí, la acercó a su cuerpo drogado y la violó.

Conoció a Diego un sábado de diciembre. Le gustó su indiferencia y su melancolía. Nunca la trató bien. Nunca nadie la trató bien.

Al principio tuvo vergüenza de contarle que tenía una chiquilla, hasta que Diego la invitó a vivir con él. Ahí le contó. Él la golpeó por mentirosa, pero la perdonó. En cambio, ella nunca pudo perdonarse.

5

La niña nació de milagro. La Flaca consumió pasta base todo el embarazo.

Tenía las manitos de porcelana y la carita bien rosada. Sonreía a cada instante.

4

La Flaca tenía catorce años cuando quedó embarazada. Fue un primo del sur que había ido de visita a su casa. Él tenía treinta. Andaba con su mujer y dos niños chicos. Durante las comidas, le sobajeaba las piernas por debajo de la mesa. En las noches, la mujer del primo se acostaba a atender a los niños. El primo se levantaba al baño y dejaba la puerta entreabierta. Desde allí hacía una mueca y llamaba a la Flaca. Ella iba. El primo la presionaba sobre la pared gélida del baño. Allí le bajaba los pantalones, la violaba en medio de la oscuridad y le tapaba la boca para que no la escucharan. A las dos semanas se fue.

3

Desde los nueve años que abusaban de la Flaca. Al principio solo sentía miedo, pero finalmente encontró en el dolor un escape hacia la eternidad. Cada vez que le pasaba, le rezaba al ángel de la guarda muy bajito, para que al menos él no la abandonara. Nadie nunca la quiso.

2

A los ocho años, la violó el pololo de su mamá. Fue en una fiesta, cerca de la Pascua. La abuela cocinaba en la mediana y los niños jugaban al pillarse afuera. El hombre estaba acostado sobre su cama, bebiendo y fumando. Llamó a la Flaca desde lejos para que le pasara el cenicero. La chiquilla fue. El hombre le tironeó el brazo y la sumergió bajo las colchas. Le fregó su rostro contra sus testículos nauseabundos, marcándola para siempre.

1

La Flaca nació de milagro. Su madre consumió pasta base todo el embarazo. Tenía las manitos de porcelana y la carita rosada. Sonreía a cada instante.

EN UN LAVATORIO DE PLÁSTICO, la abuela enjuagaba a las niñas. Luego les echaba agua colonia en el pelo y les ponía un vestido limpio y deslucido. Las sentaba juntas, apretadas en un sillón. Frente a un reloj roto colgado en la pared, las hacía esperar la hora en que llegarían sus amigos con la plata.

ESTEBAN NACIÓ con una pequeña incisión en el lado occipital del cerebro y nunca lo supo. Los expertos daban charlas y conferencias alrededor del mundo sobre este tipo de casos, intentando explicar científicamente su psicopatía.

Cuando niño, Esteban jugaba en los recreos con sus amigos de la escuela, y no se afligía cuando uno de ellos se caía o se pegaba. Lamentaba, fruncía el ceño o arqueaba la nariz, pero no sentía nada. Había sido tan violentado por su madre, su padre y su abuelabestia, que lo vaciaron de emociones.

En la adolescencia fue de pocos amigos. Tuvo una que otra novia, atraídas siempre por una personalidad narcisista que parecía quererlas y no quererlas al mismo tiempo.

Se recibió de contador en la escuela general y trabajó por años en una oficina oscura del centro. A los treinta se casó con Ana, una compañera de trabajo cuarentona, delgada, sin gracia, que vio en Esteban su única oportunidad para no quedarse sola. No tuvieron hijos. Lo abandonó un domingo invernal, cuando no soportó más vivir en el tedio.

Un viernes de abril, Esteban mató a su madre. Lo hizo con el cuchillo de cocina con el que ella solía deshuesar el osobuco todos los domingos. Le dio un baño de tina con agua hirviendo para ablandar la carne. No sentía pena ni escollo al ver la sangre correr por sus brazos, mientras metía sus restos en

bolsas de basura. Las dejó en medio de un sitio baldío y regresó temprano a su casa para borrar cualquier indicio.

Esteban murió en la cárcel. Le dio un derrame cerebral mientras barría los pasillos, desplomándose en el cemento helado. Los compañeros corrieron y lo observaron, mientras él cerraba los ojos, fruncía el ceño y arqueaba la nariz, como si no le importara.

LAURITA TEMÍA a los monstruos. Cada día, al llegar la noche, se acostaba en la cama junto a sus padres. Sobre el velador había una lamparita encendida, un vaso de agua, un unguento para los mocos y el retrato de Jesús Nazareno. Tenían un televisor pequeño, de esos antiguos, con la antena mala, sobre una repisa de mimbre.

Cuando los padres creían que Laurita dormía, se orillaban a la cama y se hacían el amor, sin imaginar que la niña oía, entre sueños y pesadillas, los gemidos lastimosos de su madre, mientras el padre jadeaba y la aplastaba. Dejaban el televisor encendido, sin señal, para que el ruido blanco disimulara sus gemidos.

Al llegar la mañana, con los zapatos sucios y el delantal cuadriculado, Laurita se levantaba para ir a la escuela. La madre servía té y marraquetas con margarina, mientras el padre se iba a la faena. Laurita cerraba los ojos y deseaba para sí misma que el monstruo jamás volviera. Así, pensaba, su madre no sufriría más por las noches.

MIENTRAS PATEABA al chiquillo en el suelo, el hombrebestia sentía cómo le hervía la sangre en el cuerpo. El corazón, extasiado, amenazaba con salirse por su boca. Salivaba. Sus pupilas se dilataban y contraían.

Llegaron los otros y actuaron en jauría. El chiquillo quedó en el suelo gimiendo de dolor. Apenas sabía si estaba vivo o muerto cuando huyeron.

El hombrebestia llegó a casa todavía jadeando, excitado. La mujer le preparó la cena.

—Casi nos piteamos a un hueón —le dijo sonriendo.

—¿ABUSÓ ALGUIEN de ti cuando eras niña? —le preguntó el terapeuta.

—No —dijo enfáticamente la mujer.

Lo miró fijo. Como una película proyectada en sus ojos, recordó a ese amigo que la esperaba a la salida del colegio; la llevó hacia un peladero cercano a su casa y, escondidos entre zarzamoras, la obligó a besarlo y a tocarlo.

—¿Abusó alguien de ti cuando eras niña? —volvió a preguntar el terapeuta.

—No, claro que no.

—HOLA —le dije sonriendo.

—Hola —me contestó.

—Así que usted es mi papá —dije bien bajito.

Hizo una mueca extraña con los labios. Ciertamente me había escuchado. Era la primera vez que lo veía. Yo tenía doce años. Mi mamá no me quería, así que vi en ese encuentro la posibilidad de salir de esa casa.

Pensé que se estaba muriendo de ganas de abrazarme, pero no. Si en ese momento me hubiera abrazado con fuerza, habría borrado todas las inseguridades, traumas y carencias que me dejó su ausencia.

Pero no me abrazó y, por tanto, todo siguió su curso: conocí a Pedro, dos años más tarde me embaracé, después de cinco años mi mamá me echó de la casa y, siete años después, Pedro me mató.

FUGA

—MAMÁ, tengo algo que contarte —le dijo llorando.

Su madre dejó lo que estaba haciendo y la miró con atención.

—Cuando era chica, el abuelo esperaba a que estuviéramos solos para acostarse conmigo y manosearme.

—Ay, hija, pensé que había sido algo peor —comentó aliviada—. A mí también me lo hizo muchas veces.

PROBABLEMENTE NO EXISTA algo más parecido al infierno que una mañana fría después de una noche de fiesta errática y dolorosa, una noche que pudo haber sido como cualquier otra: unos tragos con las amigas, unos cigarros, unos bailes y para la casa. Pero coincidir con un depredador en el mismo tiempo y lugar te hace desear desaparecer. Sientes la niebla en el cuerpo, la piel helada y pegajosa. Lo recuerdas montado encima de ti, con los ojos cerrados, en un vaivén desquiciado. Luego todo es negro. No recuerdas nada. Hubieras deseado estar más lúcida para reaccionar, tener más fuerza para detenerlo y salir de ahí corriendo, pero no pudiste y aún sientes su aliento nauseabundo en el cuello.

Esa noche las cacerolas sonaban para llegar hasta Antonia, por si allá en lo alto —o donde sea que estuviera— pudiera oírnos y calmar un poco su agonía. Porque esa mañana en que tú conociste el infierno, lloraste, respiraste profundo, fingiste olvidar y te pusiste de pie, Antonia no pudo hacerlo; su infierno fue tan grande que jamás pudo regresar.

ESE DÍA EL CULTO terminó más temprano. Me puse mi gorra, me arreglé la chaqueta y me dispuse a caminar hasta mi casa. Al pasar por unos boliches de abarrotes, un olor agradable me detuvo: una carnicería nueva acababa de instalarse junto a las demás tiendas. Entré.

En un mostrador, junto a las pechugas de pollo y la carne molida, se exponían unos extraños trozos rosados. No sabía bien lo que eran. Me acerqué tanto a la vitrina que casi besaba el vidrio. Eran vulvas humanas, tiernas y tullidas. El olor era fascinante. El carnicero sonrió.

—Me acaban de llegar —me explicó.

—Qué bien —asentí.

EN LAS NOCHES FRÍAS nadie calmó su llanto. La escena jamás cambió. Pasó días enteros con el pote cocido y los ojos rotos. Más de un hombre la abusó, pero su cuerpo se protegió del dolor y la miseria con el cebo y el lanugo de la propia piel. El hielo anestesió cualquier angustia y borró todo recuerdo que pudiera matarla.

Su madre, sin entendimiento, recuerdos ni asociaciones, la dejó en un lugar lleno de dibujos y tías atemporales, que fingían cuidarla con pastillas blancas, colchas y pedazos de pan.

Con el paso del tiempo, el cebo se derritió y el lanugo cayó. Llegaron las crisis. La niña buscaba a su madre entre los catres de hierro, los baños sucios y el patio cementado. Gritaba porque ya no aguantaba el frío de sus huesos, y se pegaba dándose cabezazos en las paredes cubiertas de mariposas y prince-sas.

Sus tías trataban de contenerla: más pastillas blancas, más colchas y más golpes. Sus pies nunca se entibieron.

Cuando las crisis se volvieron más fuertes, sus tías, convertidas en morsas, se subieron a su espalda y la aplastaron. Finalmente, en medio del llanto, el veneno de las pastillas y el peso de sus tías terminaron quebrando a la muchacha.

Se reventó. Quedó tendida en el catre, como si nunca hubiese existido, mientras la orina corría tibia entre sus pier-necitas frías.

LA NIÑA TOMÓ el celular y comenzó a grabarse bailando. Intentaba hacer un par de pasos mientras, disimuladamente, enfocaba a su hermana mayor recostada sobre la cama. Estaba siendo abusada por la pareja de su abuela, que la tocaba bajo las cobijas. La niña estaba nerviosa. Le temblaban sus manos. El hombre podía darse cuenta en cualquier momento. Subió la música y continuó bailando. Lo enfocó e hizo clic: el video ya estaba en las redes.

—¡Está lista la once! —gritó la abuela desde la cocina.

—TU PAPÁ ABUSÓ de mí —le escribí nerviosa.

—Qué triste, pero no es mi culpa —contestó y luego me bloqueó.

EN LA TELEVISIÓN transmitían las noticias. Podía oír las desde la cocina mientras lavaba la loza. El sonido del agua cayendo se confundía con los cánticos de miles de mujeres que marchaban en la alameda: «Y la culpa no era mía ni dónde estaba ni cómo vestía».

La guagua dormía su siesta en la pieza. Se me apretaba el pecho. Le ponía más desengrasante a la esponja y fregaba con más fuerza. Las imágenes volvían a mi cabeza como hace tantos años, como siempre. «Y la culpa no era mía ni dónde estaba ni cómo vestía».

La mugre no salía. Fregaba más fuerte la olla. Las mujeres gritaban impetuosas. Mi cuerpo temblaba. Bajé la cabeza llorando y me detuve. «El violador eres tú».

«El violador eras tú».

—AYUDA... ¿HAY ALGUIEN AHÍ?

ÍNDICE

11	Mugre
13	[Vivíamos en un cuchitril]
14	[Doña Rosa Atabales tenía]
15	[Vestido de negro]
16	[Despierto agitada]
17	[La vida a los dos años]
19	[Se llamaba Astrid]
20	[La tele chirría]
21	[Mientras la mujer]
22	[Cada cierto tiempo]
23	[La muchacha dormía]
25	Obstrucción
27	[Volví a nacer]
28	[Los muchachitos]
29	[La madera crujía]
30	[Sintió su aliento]
31	[El día en que mi mamá]
32	[La Flaca llegó]
36	[En un lavatorio de plástico]
37	[Esteban nació]
39	[Laurita temía]

- 40 [Mientras pateaba]
- 41 [Abusó alguien]
- 42 [Hola]
- 43 **Fuga**
- 45 [Mamá]
- 46 [Probablemente no exista]
- 47 [Ese día el culto]
- 48 [En las noches frías]
- 49 [La niña tomó]
- 50 [Tu papá abusó]
- 51 [En la televisión]

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON DANIEL
VISCARRA EN EDICIÓN, Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO FUE IMPRESO UNA TEDIOSA
MAÑANA DE INVIERNO. SE TERMINÓ DE
CORREGIR MIENTRAS APAGABAS
TODO PARA QUEDAR A
OSCURAS.